

# Una aurora maléfica.

---

Ana Zarina Palafox Méndez

15 de junio de 2014 (hace 29 años me casé y hoy es día del padre)

## *Maléfica y Aurora son la misma mujer.*

*Maléfica era una niña, aunque huérfana, muy feliz. Con grandes alas, disfrutaba el Páramo y se relacionaba sanamente con los seres que ahí habitaban, era muy querida.*

En mi calidad de niña inteligente y curiosa, vivía para aprenderlo todo. Examinaba el mundo tocándolo, escuchándolo, paladeando y olfateando lo que estuviera a la mano. Después, con los comentarios-enseñanzas de mi papá y los datos de los libros, se ampliaron mis sentidos, y todo iba cobrando forma.

No sé en qué consistía mi encanto: la niña güerita, casi albina, la sonrisa constante, la confianza con que me dirigía a las personas extrañas o la capacidad de análisis. Pero lo normal era que las personas que abordaba se fascinaban, y estaban dispuestas a compartirse conmigo, al menos por un rato. Personas en la fila del banco, en las mesas de los restaurantes a los que iba con mis papás, los músicos de las peñas, el policía del supermercado cuando fui con mi nana y me le perdí, los maestros, maestras y sicólogos de la escuela.

*En el imaginario colectivo, la imagen del hada es infinitamente bondadosa y bella. La bruja, en cambio, es fea, cruel y vengativa. Pero –qué casualidad- ambas son igualmente sensibles y sus intenciones, de origen, son las mismas. Pero en el manejo arquetípico, las hadas tienen poderes muy acotados; las brujas, poder ilimitado.*

Cuando niña, mi claridosidad<sup>1</sup> no era amenazante, era apenas una simpática característica añadida al resto. Cuando, en un programa de [Jorge Saldaña](#) –transmitido en cadena nacional –incredulé al Presidente Luis Echeverría, mi actitud no fue motivo de desaparición forzada, al contrario, fue publicada como anécdota en varios periódicos nacionales y comentada alegremente por parientes, amigos de mis papás y el mismo Echeverría.

Podía decirle a cada persona si me caía bien o mal, y rara vez me pedían que esgrimiera razones para ello. Y también podía elegir mis alimentos, y negarme a consumir aquellos que no atraían a mi paladar. Vaya, fluía con la vida.

## *El hierro quema a las hadas.*

*El hierro de la agresividad-testosterona lastima. No es creativo, sino destructivo.*

---

<sup>1</sup> claridoso, sa. -adj. Col. y Méx. Que acostumbra decir claridades sin atenuarlas. Real Academia Española © Todos los derechos reservados.

Pero con mi madre cerca, eso cambió muy pronto. Como ya conté en mi texto sobre [burling](#), ella era golpearora, autoritaria y violenta cuando estaba a solas conmigo, hasta llegar a darme pastillas tranquilizantes cuando no lograba acallar mi llanto con más violencia.

Y también mi madre me empezó a poner en contra del mundo desde aquella vez, a los 3 años y en mi segundo día de kínder, que me pegó porque había prestado mis crayones de lujo. Poco a poco, siguió imponiéndome más visiones neuróticas. Lo medular no era si yo las creía o no, sino que era forzada a actuar de acuerdo a ellas, con golpes, regaños y –lo que más me lastimaba – manipulación para que mi papá creyera que realmente había yo hecho cosas malas.

Mi papá me había dado, antes de que yo aprendiera a leer, una pequeña enciclopedia: *Mis primeros conocimientos*. Maravilla de compilación de diferentes ramas de la ciencia: astronomía, electricidad, medicina, mascotas; profusamente ilustrada, contenía experimentos sencillos para que uno hiciera contacto directo con estas materias y comprobara la teoría ahí expuesta.

Varios de los experimentos fueron motivo de golpes de mi madre y encierros en mi cuarto: desarmar una batería para encontrar los ácidos y la barrita de carbón del lado del polo positivo, por ejemplo. No recuerdo que mi madre quisiera escuchar mi defensa, o que me dejara mostrarle el libro para justificar mis *cochineros* y *picotillos*. No recuerdo que alguna vez me explicara puntualmente qué requería de mí cuando decía *pórtate bien*, o cuál era la transgresión cuando me decía *te portaste mal*. Tampoco recuerdo haberme sentido bienvenida a pedirle ayuda para hacer los experimentos, ella siempre estaba ocupada armando edificios con el lego, viendo series policiacas, box o beisbol en la tele, tejiendo a máquina o jugando solitarios con barajas. O más de una al mismo tiempo. La que se asomaba de vez en cuando a ver si yo seguía viva, la que me daba de comer y platicaba conmigo era mi nana. Entonces, yo estaba cada vez más confundida porque, por un lado, mi papá estimulaba mis conocimientos teóricos y prácticos al regalarme los libros –o prestarme sus herramientas, o comprarme microscopio, telescopio y todos los equipos científicos “*Mi Alegría*”; Por otro, mi madre castigaba eso, entre muchas otras cosas.

*Al conocer Maléfica al príncipe, no confía en la primera información que su instinto le regala: él estaba robando. El príncipe la conquistó, y ella creyó en eso.*

Mi sexualidad fue muy temprana. A los 3 años tuve en el kínder un novio candoroso y dulce, pero nos gustaba besarnos en la boca. Para primaria, con mi otro novio –con quien duré dos años –ya había tocamientos en todo el cuerpo y la consabida excitación, dentro del bellísimo manto del cariño y la atracción física y neuronal. No en balde los dos éramos *ratitas de laboratorio* de los sicólogos de la escuela.

A los 8 o 9 años, mi papá me compró una completísima *enciclopedia de la vida sexual*, pensando en que era un tema que yo tenía qué conocer bien, pero él no se atrevía a abordar. Lectora voraz, en pocos días tenía claro que tenía que haber un *coito* para, eventualmente, conseguir la *fecundación del óvulo* y, con suerte, evitar los *abortos espontáneos* en las primeras semanas de la *gestación* que, llevada a buen término, conduciría a un *parto natural o por cesárea* y a la *lactancia*.

Hasta fui invitada por Jorge Saldaña a participar, junto con mi madre, a su programa Anatomías; el tema era educación sexual infantil. Mi madre, aterrorizada y pudorosa, estuvo detrás de cámaras mientras yo exhibía mi alegre elocuencia y vasta información platicando con los adultos especialistas del resto del panel.

Pero a los 11 años, recién entrada a secundaria me enteré, por murmullos pasilleros, que los novios que se gustaban mucho, hacían algo que se llamaba *coger*. Algo decían de abrir las piernas o intercambiar orina. Mis imágenes mentales eran surrealistas: como dos pares de tijeras abiertas y contrapuestas, y un cochinerito apesado fluyendo de los centros... no tenía idea de su relación con el sanísimo y reproductivo *coito* (cuestiones de sintonía fina en el lenguaje).

Exactamente con el mismo impulso primario con que estoy escribiendo este texto, 38 años después, un día de nostalgia amorosa le dediqué una carta al niño que amaba durante esa semana –porque cada semana cambiaba de príncipe azul. Incluí mi nueva palabra *coger* en el texto. Claro que jamás se la entregué; con instintivo pudor, tomé la carta terminada, la doble y doblé, enrollé, cubrí con cinta adhesiva (como si fuera una momia), la envolví en otro papel y repetí la operación de momificación. Ese paquetito lo arrojé al fondo del *cajón de los tiliches* junto a los fragmentos de juguetes rotos y tesoros que encontraba en mis exploraciones a lotes baldíos: plantitas y flores disecadas, piedras interesantes, canicas perdidas...

Es interesantísimo el instinto materno. Mi madre, cuando se trataba de encontrarme defectos o malas conductas, parecía la Gestapo. ¿Qué diantres la impelió a escarbar en ese cajón? ¿cómo encontró esa pequeña momia de papel, semanas después de que yo la había arrojado allí? Más raro ¿cómo logró quitar la cinta y recuperar esa hoja íntegra para leerla? Creo, ahorita que lo analizo a distancia, que es la prueba fehaciente de que existe el Diablo.

Cuando fue por mí a la escuela, no me dirigió la palabra. Llegamos a la casa y se encerró en su cuarto. Mi nana me dio de comer. Poco después de atardecer –hora en que yo me bañaba, de acuerdo a las costumbres tropicales que mi madre me inculcó –me agarró dentro de la regadera, desnuda, para golpearme con un cinturón de cuero mojado, mientras me gritaba –¡Eres una puta, no tienes remedio! –y yo no entendía nada, sólo lloraba a gritos. Me gritó que me vistiera y me fuera a encerrar en mi cuarto. No sé en qué términos le planteó las cosas a mi papá, pero esa noche no entró él a mi cuarto, ni para regañarme, ni para pedirme que le diera un beso a mi madre y le pidiera perdón.

### *La agresión a Maléfica.*

*El hierro del pene-violador es un cetro de poder que se introduce para lacerar un corazón blando y someterlo.*

Pasó apenas un año de esa carta. Mi escuela tenía un jardín grande y una cancha de básquet de buen tamaño con gradas de cemento y, tal vez para hacernos cambiar de aires, nos llevaron un tiempo a Ciudad Universitaria para la clase de deportes.

Nunca he sido disciplinada para la actividad física. De muy pequeña, estaba todo el tiempo en movimiento: bailaba, corría en el patio de la casa y de la escuela, trepaba a los árboles más altos,

preferentemente jacarandas, hasta que me bajó mi madre a golpes, diciendo que me iba a matar (todavía no sé si se refería a que yo misma me arriesgaba a tener un accidente, o la muerte iba a ser por sus golpes). Cuando entré a un curso de verano, en 1972, donde empecé a aprender guitarra, cocina francesa y artes plásticas, dejé la actividad física y engordé. Entonces, como será fácil suponer, la clase de deportes no era mi favorita, y encontraba variadas formas de escabullirme, algunas exitosas.

Yo tenía dos fuertes influencias para preferir a la ciencia sobre el deporte. Durante kínder, principalmente en las tardes de domingo, mi papá me llevaba a dar caminatas; vivíamos en la Colonia Romero de Terreros, muy poco poblada en ese entonces, situada en el enorme pedregal que dejaron las antiguas erupciones del Xitle. Capturábamos insectos para observarlos de cerca y luego soltarlos, coleccionábamos hojas divertidas de plantas para desecarlas entre las páginas de un libro, tomábamos muestras de vegetales y agua para observar en el microscopio. Después, en primaria, Miss Cristi apoyó mi cientificidad ampliamente prestándome libros de entomología, llevándome a ver documentales al respecto y respondiendo cualquiera de mis extrañas preguntas.

Entonces, un día convencí a una de mis amigas cercanas de alejarnos de los deportes, e ir a una zona baldía dentro de Ciudad Universitaria, a buscar plantas e insectos. En eso andábamos, cuando nos empezó a seguir un hombre. Mi desconfiada amiga se alertó, pero yo no. El hombre se acercó y nos hizo plática, yo le comenté lo que andábamos haciendo y él se ofreció amablemente a llevarnos al área del Jardín Botánico, que estaba cerca. Lo empezamos a seguir –mi amiga iba bajo protesta.

En una parte más o menos plana del terreno, ese hombre de pronto me atacó. Sentí algo metálico, de punta más bien roma, en la espalda. El primer impulso de mi amiga fue ayudarme a quitármelo de encima pero, al ver que no podía, se alejó corriendo para buscar ayuda.

Él, dándome golpes en la cara, me aventó al suelo y me empezó a quitar la ropa. Con sus piernas en cuclillas, tenía prensados mis hombros contra el suelo rocoso. Cuando me tuvo desnuda, comenzó a masturbarse –ahora, al paso de los años, deduzco que él sufría cierto grado de impotencia, lo que hizo que mis genitales fueran lo menos lastimado en mi cuerpo. De todas formas, me penetró.

Yo sólo atinaba a decirle que no me matara. Él me insistía en que no gritara, y yo seguía, a media voz, pidiéndole que no me matara. Después de un rato –no tengo idea cuánto –cejó en sus intentos, tomó mi ropa y empezó a alejarse. Todavía como soñando, le pedí mi ropa, y él la arrojó algo lejos, tal vez para darse tiempo de escapar. Me había empezado a vestir, cuando llegaron elementos de seguridad de la UNAM, acompañados de mi maestro de deportes –y varias otras materias escolares. Y es que, cuando mi amiga dio aviso, el maestro y mis compañeros hombres dieron aviso y emprendieron mi búsqueda, y dejaron a las mujeres en una zona segura. Uno de mis compañeros encontró mi sostén en el área, seguramente se había atorado en la ropa del agresor, y cayó en otro punto.

Mi maestro me preguntó si quería denunciar, explicándome lo que ello implicaba. Si ahora es difícil el papel de víctima de agresión sexual, en 1976 era peor. En ese momento, decidí que él iba

a ser el único que supiera que la violación se había consumado. Mi peor miedo era a las reacciones de mis padres, sabía que mi papá iba a salir con la pistola a matar a cualquier hombre que encontrara en la UNAM, y mi madre me iba a echar la culpa de todo, tachándome otra vez de puta, porque ya había decidido que yo no tenía remedio. Como además sufría de bullying, pensé que se iba a poner peor la cosa con mis compañeros. Y, si informábamos a la directora, pensábamos que ella les iba a decir a mis papás.

Entonces, en una amorosa complicidad, entre ambos diseñamos una versión creíble: que el agresor me estaba empezando a desvestir, cuando llegaron los de seguridad, y huyó. Que me había alcanzado a quitar el sostén y que, al huir él, yo me volví a acomodar el leotardo. Después, invirtió un par de horas ese día, y muchas más durante los días siguientes para decirme que el único daño que ese tipo me había hecho era físico, que los moretones iban a desaparecer pronto, que la virginidad no hacía diferencia alguna en la vida de una mujer, que yo no era culpable ni siquiera por haberme puesto en una zona de riesgo, porque aquí la única verdad es que *los hombres no deben violar a nadie*.

*–Sólo despertará de su sueño de muerte con un beso de amor verdadero –decía el encantamiento.*

*–Pero eso no existe –dijeron, a su vez, la bruja y el rey.*

*Las hadas y la misma Maléfica quisieron propiciar el beso del príncipe, pero no funcionó.*

Conocí a Erick en enero de 1985. Había sido novio de una amiga, mayor que yo, y ella había terminado con la relación. Él empezó a buscarme “para hablar de ella, porque quería regresar”, y le creí. Nos enamoramos.

Mi amiga, cuando ya sospechó que había una relación, me llamó para ponerme sobre aviso: –Él era mitómano y esquizofrénico. En mi ofuscación, pensé que mi amiga estaba inventando eso por celos, y no la escuché.

La relación avanzó muy rápido. En abril hicimos un viaje a Catemaco en el Volkswagen de un amigo de él, y hacia una cabaña prestada. Íbamos dos parejas, y las mujeres dijimos en nuestras casas que íbamos “con los tíos de ellos”. El Sábado de Gloria me propuso matrimonio y acepté, emocionada. El lunes le dijimos a mi papá, y nos casamos en junio. Un amigo de mi madre nos consiguió un departamento de renta muy barata, porque estaba arriba de los hornos de una panadería y era infernalmente caluroso.

¿Por qué me casé sin conocerlo? Porque quería huir de mi madre, y mi mente estrecha y fresa no concebía otra forma decente de salir de casa. Además, para una mujer joven, con la autoestima baja y con trauma de adolescente gorda y fea, fue agradablemente sorprendente que hubiera alguien queriendo desposarla. ¡Y tan galante, me decía *amore*, así en italiano, porque había vivido 7 años en Milán! ¡Un día, al llegar a verme, sacó una rosa de su portafolio y me la dio!

Erick tenía un sueldo muy pequeño como auxiliar administrativo en un área de gobierno. Yo trabajaba en sistemas y me iba muy bien con las horas extra, así que podía mantener la casa. Él, en las quincenas, se compraba cosas: un balón de futbol, unos pants térmicos para adelgazar, discos y

libros y, con el aguinaldo, un Renault hecho chatarra. No era alcohólico como los imaginamos normalmente pero, cuando tomaba, se convertía en un energúmeno.

Comprendí cosas cuando fuimos de visita a su casa. Eternamente peleado con su papá, fue invitado para una reconciliación a jugar dominó con él. Unas pocas horas después de que llegamos, la escena era su papá, con la botella de Bacardí blanco rota en una mano, persiguiéndolo alrededor de la mesa de juegos para matarlo. Sus hermanos menores, su mamá y yo, atrás de un sofá guareciéndonos. Ese día me enteré que ese señor no era el papá biológico de Erick, que se había casado con mi suegra estando ella embarazada y que, al nacer sus medios hermanos, se desató una serie de graves patologías.

Viernes y sábados empezó a invitar a casa a los taxistas del sitio que teníamos a la puerta, para jugar dominó y tomar Bacardí blanco. La mayor parte de las veces, yo huía a casa de mis papás porque, las pocas veces que permanecí, recibí golpes cuando nos quedamos solos. Trataba de defenderme también a golpes, pero no tenía su fuerza. Un día grité a los vecinos y, cuando ellos golpearon la puerta, Erick abrió, diciéndoles que yo le estaba pegando. Les pedí ayuda, que me dejaran quedarme en su casa hasta que amaneciera, para irme a la mía y, arguyendo que los problemas de pareja son sólo de dos, me dieron una pastilla para dormir y se fueron.

Frustrado ese instante en que sí hubiera huido, decidí no decir nada a mis papás, por las mismas razones que ya expuse: que mi papá hiciera justicia por propia mano, y que mi madre se me fuera encima. No eran golpes tan fuertes como para dejar más huella que mis ojos hinchados por el llanto, así que no se iban a enterar a menos que yo se los dijera.

Mis amigas de la escuela sí notaron algo raro y una de ellas, la misma que estaba conmigo el día de la violación, aduciendo problemas con su familia, me “pidió hospedaje”. Realmente, fue la comisionada para cuidarme, para que yo no estuviera sola con él.

Un domingo en que yo había salido, él armó un tinglado mitómano en que involucró a mis papás. Cuando llegué, en el coche del amigo músico que había acompañado a tocar –y que Erick conocía y sabía que estaría con él –estaba mi papá con la pistola en la mano esperándome en la banqueta. Mientras mi papá amenazaba al amigo, tachándolo de “destructor de matrimonios”, Erick estaba con una sonrisa satisfecha mirando desde una esquina. Mi papá me dijo que subiera, tomara algo de ropa, a mi amiga y a mi gato, y me metiera al coche, porque nos íbamos a la casa. Yo obedecí y cuando bajé de nuevo ya con equipaje, estaba mi papá haciendo que Erick firmara una solicitud de divorcio voluntario.

Fueron 3 semanas en que me llevaba mi papá al trabajo –que quedaba a 5 cuadras –en el coche. No me quedaba claro si me estaba cuidando de Erick, o me estaba castigando –porque era una de las formas de mis papás, aislarme del mundo. Mis papás me dirigían la palabra para lo más indispensable solamente. Dos tardes a la semana, íbamos a un despacho de abogados para que yo declarara las razones de divorcio –realmente, yo firmaba lo que el abogado creía conveniente alegar. Mi amiga estaba unos días conmigo, y los otros, iba a su casa. Yo me desahogaba escribiendo en la máquina de la oficina cuartillas y cuartillas de poesía libre que algún día haré pública.

Una noche, llegó Erick a la casa. Mi papá me prohibió ir a la sala donde Erick soltaba una cantidad impresionante de calumnias, mezcladas con algunas cosas ciertas –pero de esas que le platicas a tus amigos y pareja, jamás a tus papás. Dijo que se iba a suicidar por todo eso. Mi papá llamó a casa de mis suegros, para pedirle a mi suegra que lo tranquilizara, que se hiciera cargo. Contestó mi suegro, y dijo que no le importaba, que no era su hijo, y que no iba a despertar a su mujer con esas necedades.

Al día siguiente, en la oficina, me llamó mi jefe a su cubículo y, después de un tortuoso preámbulo que me hizo pensar que estaba despedida, me dijo que Erick estaba muerto.

–¿Cómo murió? –le pregunté.

–Es muy feo, pero te lo voy a decir: se ahorcó.

–¡Menos mal! –respondí, aliviada, ante el estupor de mi jefe.

Eso quería decir que sí se había suicidado, y que mi papá no lo mató. Después, declarar en el Ministerio Público, enfrentar a mi suegro que me estuvo gritando que su hijo era un muchacho sano y que yo lo llevé al suicidio, soportar los insultos de mi suegra y las advertencias de que ya había hablado con el sindicato para que la pensión se la dieran a ella y no a mí, así como el cuerpo.

Me di cuenta que, siendo demasiado joven, había enviudado por suicidio y mi familia política me había culpado. A los 21 años no tenía muchos argumentos para refutarlos. Sólo atiné a decirle a mi suegra que no me interesaba ni la pensión ni un cadáver, que yo no era zopilote. No fui invitada ni al velorio ni al entierro. Y pasé unos años en que no sentía nada, se me desconectaron las respuestas emocionales. Ahora sé que ésa, precisamente, es la diferencia entre duelo y depresión.

### *Dos reinos irreconciliables.*

Cuando comencé como músico intérprete, después de 11 años de clases varias e intentos desafortunados de iniciar agrupaciones, me extrañó no ver más mujeres tocando. Caí en la cuenta de que había pocas excepciones. Revisé en mi memoria los grupos que había visto tocando en las peñas y, salvo dos mujeres músicos –antagonistas entre ellas –que formaban parte de esto, las demás estaban condenadas a vestirse lindo, cantar hermoso, moverse con gracia y tocar percusiones simples. Para los años '80, vi a más mujeres en ese ámbito, sobre todo percusionistas, y buenas. Pero entre los grupos *versátiles mexicanos* de esos años, conocí solamente a tres: dos arpistas y una *rasqueadora*. Tuve la fortuna de aliarme con un compañero que no tenía ese prejuicio y en base a nosotros dos se hizo el grupo pero durante esas dos décadas de 80's y 90's no fui invitada a participar con otros grupos. Los músicos pensaban que invitar a una mujer era cargar con ella, cargarle sus instrumentos, no poder explayarse en lenguaje procaz, cuidarla de todo y de todos, siendo responsables ante su familia de cualquier cosa que le pasara. Y a la voz de *no vaya a ser la de malas*, nos descartan a priori.

En 1987 conocí a un grupo que era la excepción: sólo mujeres tocando sonos de diversas regiones de México. No fui invitada; me ofrecí y, después de saber que tocaba arpa, me aceptaron. Esto duro unos pocos años solamente; una de mis compañeras es una reconocida investigadora que

toca con poca frecuencia y da talleres, y la otra es excelente compositora y líder en movimientos de mujeres y arte.

Para 1991 tocaba con un famoso violinista huasteco. Formé un trío de mujeres con dos de sus alumnas. El trío iba bien pero ellas, al casarse y embarazarse, y sin que sus maridos músicos se los pidieran, abandonaron. A veces, cuando me gana la tristeza, sale una voz sigilosa de mi cabeza que dice: *por eso no toco con viejas...* Es una pena porque sigo aquí como Diógenes, con mi lámpara en la mano, buscando cómo sería la música tradicional a partir de un sentir auténticamente femenino. Y sé que sería tan diferente a la masculina como lo son las [décimas](#), que ya he tenido la oportunidad de comparar.

*El Páramo, en cambio, es una comunidad de seres felices, juguetones, inocentes que conviven en una horizontalidad de amor y respeto. Pero cuando un hada agredida se convierte en bruja, sus maledicciones pesan.*

Mi madre se causó un cáncer cervical. Yo sé que se lo causó con su negación al sexo, porque empezó con unos hongos que le atacaron la región vaginal y, tras un par de intentos infructuosos, decidió no tratárselo. Lo mismo hizo con el cáncer, sin intentos.

El negocio familiar había quebrado en 1986, como resultado de la recesión después del terremoto en la Ciudad de México, pues los peces tropicales son un bien suntuario, al menos las especies que nosotros vendíamos. Mi papá no conseguía trabajo, pues se alejó bastantes años del mundo de la construcción, y empezaron a aumentar las deudas. Yo estaba destrozada pues acababa de enviudar. Había yo llegado a gerente de sistemas en una compañía de seguros pero, con lo fuerte de la enviudada, me desplomé y dejé el trabajo.

Entonces, de 1986 a 1989, hubo una época muy oscura en mi vida. Los propietarios del edificio donde rentábamos la vivienda, y de los locales donde rentábamos para el acuario, estaban sobre nosotros y ya no sólo hablaban con mi papá, también a mí me increpaban. Mi madre, en uno de sus ataques neuróticos, había corrido a mi nana. Y el 12 de octubre de ese último año, mi madre amaneció inconsciente, mi papá estaba dormido, totalmente deprimido, a su lado. Desesperada, consulté por teléfono a un amigo médico que me instó a tomar a mi madre y llevarla de inmediato a un hospital. No lo habíamos hecho porque mi madre se negaba y, tanto mi papá como yo, le teníamos mucho miedo.

Una amiga de ella consiguió un pase de cortesía en el Seguro Social, y allá fuimos a dar. Llegó con 2.4 de hemoglobina, y los médicos nos dijeron que esa medición sólo se da en un cadáver, que no podían creer que hubiera resistido con vida. A partir de allí fueron unas semanas en que mi papá y yo nos turnábamos para cuidarla, porque el hospital exigía a un familiar en el cuarto las 24 horas, y mi madre, en cuanto se reanimó con suero y sangre, exigía que no fuera nadie más. Aprovechó su estado para agredirnos más a mi papá y a mí. No desperdiciaba oportunidad para decirle a cada uno lo inútil que era, y esto no ayudaba mucho a paliar las cosas.



Cuando me tocaba “descansar”, yo dormía, me bañaba y cocinaba. Cuando era el turno de mi papá, él comía, seguía hablando con los acreedores, y hacía llamadas a los amigos para pedir más dinero prestado.

Mi madre era O-, el tipo de sangre más difícil de conseguir, al menos en México, y la razón de que, después de parirme y generar anticuerpos contra mí, el obstetra le dijera que tenía que esperar 7 años al menos antes de volverse a embarazar –que es la razón de que yo haya sido hija única. Para frenar la hemorragia uterina, una enfermera le había colocado a mi madre una gasa a presión dentro de la vagina. Una de esas noches, mi madre se empezó a sacar la gasa, diciéndome que ya la dejara morir y amenazándome si es que se me ocurría llamar a una enfermera. Lo hacía con gran sadismo, como si su muerte fuera una venganza contra mí. Yo veía, aterrorizada, cómo la valiosísima sangre que nos había costado tanto trabajo conseguir, empezaba a manchar las sábanas. Afortunadamente y sin que saliera a llamarla, llegó una enfermera.

Otra noche en que yo estaba cambiándole sábanas y pañal, me increpó:

–¡Lléname las manos de pipí, para que sientas el asco que yo sentía cuando estabas chica y te cambiaba los pañales y los lavaba!

Triste forma de enterarte por qué desde siempre no te sentías querida.

El 1 de noviembre yo amanecí sentada en una silla de plástico, con la cabeza apoyada en su cama de hospital. Como a las 7, mi madre empezó a patearme la cabeza, pidiéndome que fuera a Trabajo Social para verificar que la ambulancia para llevarla a radioterapia sí estaba programada. Fui, y estaba cerrada todavía la oficina. Una persona de mostrador me dijo que si le habían mencionado la cita, estaba programada, que ni pacientes ni familiares se tenían que preocupar por ello. Mi madre me insistió, en su afán controlador, en que me comunicara, entonces, al teléfono de programación de ambulancias.

–¿Cuál teléfono? –dije yo.

–¿No te lo dejó el inútil de tu padre? Siempre anda en la luna, es un idiota. –replicó ella.

Yo había aguantado todo durante 24 años. Nadie me habló nunca de los derechos de los niños, nunca consideré que un adulto –ni siquiera con el grado de neurosis de mi madre –pudiera estar equivocado. Pero eso fue demasiado, criticar a mi papá, cuando yo sabía el grado de desesperación que él tenía. Entonces empecé a gritar. Grité todo lo que me había guardado. Una enfermera llegó a callarme, y un comprensivo médico le dijo que teníamos que tener esa conversación, la sacó del cuarto y nos cerró la puerta. El hecho de que mi madre estuviera tan desvalida y frágil en esa cama, fue lo único que me impidió deshacerla a golpes.

Cuando salí del cuarto, bajé a llamar a mi papá advirtiéndole que, si quería cuidar a mi madre, estaba en su derecho, pero que yo no quería volver a verla jamás. Tomé un camión hacia la casa, sintiéndome adulta. A ella la regresaron, desahuciada, a la casa días después, y murió tranquilamente en su cama viendo la serie mundial al lado de mi papá, el 26 de noviembre.

*¿Qué hace que el hada se convierta en bruja? El dolor, cuando se transmuta en sabiduría y la simple madurez, entendiendo ésta como la herramienta que construyen las múltiples vivencias al ser analizadas.*

Dos años nos prestaron una casa en Contreras, grande, hermosa. Pero nos la pidieron de regreso. Entonces estuvimos 15 años como exiliados en una colonia popular lejana, por la Pirámide de Tenayuca, donde le compramos una casa en obra negra a un hermano de mi papá. La fuimos pagando como íbamos pudiendo, y le fuimos poniendo los acabados con residuos de materiales de algunas obras en que participaban mi papá o mi tío. Mi nana se fue a vivir con nosotros, pero ya en calidad de pareja de mi papá, aunque oculta al mundo.

En esos años tuve momentos en que tenía el ánimo para cruzar la ciudad entera y tocar en la Peña que estaba en Coyoacán –sin sueldo –sacando dinero para la gasolina de un empleo de capturista en un escritorio público computarizado también por esa zona. Momentos creativos, como los dos años que estuve ayudando a levantar un lugar de música huasteca, con un pago irrisorio –a veces estaba tan corta de dinero que sólo traía el coche con algo de gasolina, o iba a pie con apenas el dinero para regresar en la bolsa, y esperaba a mis compañeros para ver quién me invitaba una quesadilla. O como la época en que entró a mi grupo una gran amiga, diseñadora gráfica que me dio llaves de su departamentito en la Zona Rosa para que lo usara como subestación para ensayos, o cuando no pudiera, en la noche, desplazarme hasta la casa. Tocamos en Jardines de Niños, hicimos un video promocional del grupo, nos volvimos asiduas a un lugar en que había tango los viernes y no había consumo mínimo, entré a clases de técnica de guitarra clásica. Dirigí una casa de cultura, di talleres de música en el Politécnico, hice mi diplomado en gestión cultural.

En otros momentos no tenía ánimo –ya estaba mi papá más viejo, ya no conseguía trabajo fácilmente, se empezó a deprimir, no tenía energía para cruzar la ciudad y visitar a su gente –y me contagiaba de él. Tomé muy en serio el andar en bicicleta, en esas zonas despobladas de Tlalnepantla, con mi música en audífonos, queriendo que la vida fuera eternamente en bicicleta, aislada, sin hablar con nadie.

En el año 2000 acababa de salir de la Casa de Cultura. Estábamos ya terminando con los acabados de la casa: quedó linda. Con su loseta de barro, tratada para que repeliera la mugre, *texturi* blanco en las paredes, hasta detallitos de talavera en el baño que, a decir de mi papá, tenía *regadera de bóveda bancaria* porque yo, friolenta que soy, había sellado puerta y ventanas para que no entraran corrientes de aire, y había conseguido un calentador de paso que, además de ahorrar gas, mandaba el agua casi hirviendo.

Me invitaron con un grupo a acompañar ballet folklórico a una gira a Italia. El director de dicho ballet había aceptado dejarme abierta la porción de regreso París-México y Jorge Saldaña cumplió el ofrecimiento hecho años antes de conseguirme hospedaje en París. Dijo Jorge que hasta un mes. Aunque llevaba mi jarana para botear en la calle y comer con eso, me conecté con unos músicos de mariachi que me incluyeron en su rol de turnos en un restaurante que pagaba muy bien, y no tuve qué tocar en la calle.

Ya tenía hacía años mi pasión por la simbología alquímica de las construcciones góticas, ya tenía algunos conocimientos también y, con un libro de Fulcanelli en la mano, pasé una hermosísima luna de miel conmigo misma en París. Fue año jubilar y, sin proponérmelo, entré a la Basílica de San Pedro en el Vaticano por la mera Puerta Santa. ¿Qué más podía pedir? La vida pintaba luminosa.

Después de enviudar tan joven, me aterrorizaba volver a vivir con alguien. Además, estaba a gusto con mi papá y mi nana, sobre todo porque en esos años reconstruimos entre los tres la vida, pagando las deudas gigantes que teníamos desde los ochentas, y llegando a una vida moderada pero, sobre todo, tranquila.

Así, abierta a la vida como estaba al regresar de Europa, conocí a un violinista extranjero. Físicamente hermoso, maravilloso músico y me enamoré como una loca. No lo invité a vivir conmigo: él migró a México y, simplemente, se fue quedando allí. Por complejas razones –de las que ya narré una parte en un [artículo](#) –terminó la relación. Como efecto colateral, mi nana se fue de la casa definitivamente, y mi papá se quedó solo –y viejo y desempleado.

No fue una catástrofe momentánea: tuve el brazo derecho paralizado en su totalidad unos meses. Y con parálisis parcial, años. Eso interrumpió mi carrera de músico intérprete en 2003 y, aunque esporádicamente toqué el arpa en los encuentros en Tlacotalpan durante ese tiempo, no es lo mismo montar unas piezas y tocarlas disimulando los errores y la falta de pericia, que ser la antigua, orgullosa y petulante *güerita del arpa*, tocando por horas y horas. Además, la parálisis del brazo fue poca cosa comparada con la parálisis emocional que me traía. Cuando ya pensaba que iba a amanecer, se volvía a caer el mundo.

Parecía que mi papá había conseguido trabajo como perito de obras de un área de gobierno pero, a la hora de llevar papeles, descubrieron que no tenía cédula profesional. De nada sirvieron sus argumentos, el hecho de que la experiencia de tantos años que tenía en peritaje y construcción fuera mejor que un trámite que no hizo en los años cincuenta. Leyes son leyes, y no le dieron el trabajo. Entonces sí que decayó su ánimo definitivamente y se dio por vencido.

Yo iba sobreviviendo a pesar de todo, fue cuando un leal amigo me dio trabajo como tallerista de música en el Politécnico aduciendo que, aunque mi mano no estuviera ágil para tocar, la experiencia y la técnica las podía transmitir. “Huí” al Sotavento porque, de las regiones de México en que he andado, era la única que no estaba mancillada con el recuerdo de la relación con el violinista: nunca le gustó el son jarocho. Y también “huí” al verso improvisado ya que, si no tenía mano, sí tenía boca y garganta y podía usar el verso hablado para restaurar el poco daño que tuve en la dicción durante la parálisis.

Pero de nuevo con la autoestima altamente dañada –¿a poco alguna vez la tuve alta, o siquiera la tuve? –acepté que pensarán los compañeros decimistas que era una principiante y que me trataran como tal. No sólo los decimistas, también varios otros versadores, músicos y –por si fuera poco –aficionados voyeuristas pensaban que yo llegaba como aparecida intempestivamente, por generación espontánea, cuando ya llevaba treinta años en el ajo. Por esos años me metí en una

gran cantidad de pleitos tratando de defender mis posturas, ideas y opiniones, cuando realmente no tendría que haber gastado energía en defender nada.

*Cuando le cortas las alas a la bruja, ella toma su escoba y se va volando.*

Otro hermano de mi papá y su esposa le consiguieron a mi papá una ficha para chequeo en el Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias. Fumador empedernido desde los 9 años y, a pesar de su excelente condición física y su incesante actividad, se preocuparon por su estado. Mi papá regresó del chequeo con unos parches de nicotina, diciendo que estaba perfectamente bien, y que los parches se los habían dado solamente por si se animaba a dejar de fumar. Él siempre me ocultaba las cosas difíciles y no servía de nada, porque acababan en catástrofe y me enteraba de todas formas.

De un día para otro dejó el cigarro, sin parches. Conforme pasaron los meses, se oxigenó, se tonificaron sus músculos y rejuveneció.

Para febrero de 2005 estaba cumpliendo un año sin fumar. Me acompañó a Tlacotalpan, arregló desperfectos de la casa que nos alquilaba muy barata un paisano, hizo sociales como nunca, se encargó de mi cuando, agotada por estar ayudando en el Encuentro y fandagueando, dormí 36 horas seguidas. Sí me llamó la atención la manera en que me miraba, la forma en que me preguntó por qué me saludaba un amigo, traía actitudes extrañas, pero le di carpetazo al asunto. De ahí nos fuimos a un balneario. Cuando estrené el nuevo traje de baño que me había comprado, me dijo que me veía bella –otra rareza que también decidí dejar pasar.

Regresamos a la casa. A la noche siguiente, recién bañado, ya en pijama y bata, muy peinado me mostró una décima que acababa de escribir donde me hacía una clara y cruda propuesta sexual. Exploté. Lo corrí de mi cuarto, me encerré con llave y lloré y temblé toda la noche. No era miedo a que me forzara a algo, era decepción. La mayor decepción de mi vida. De los errores pasados, ya habíamos hablado mucho tiempo. Juntos habíamos sanado las patologías de la relación familiar con mi madre. Juntos habíamos reconstruido nuestras vidas. Eso lo hacía el único hombre a quien le tenía confianza ciega. En mis épocas de más amargura, yo había dividido a los hombres en tres grandes grupos: los que te violan, los que quieren, tarde o temprano, tener relaciones contigo, y mi papá. El único, el omnipotente, el grandioso. Y me falló.

Decidí que no saldría de mi cuarto hasta que llegara la hora de irme al Politécnico. Cuando pasé frente a su recámara, él estaba también llorando y sólo atinó a decirme:

–Te prometo que no te toco, no te voy a hacer nada, pero no me vayas a dejar solo. –Y yo, dando un portazo, le contesté:

–CLARO que no me vas a tocar –y salí a la calle.

Un amigo me llevó del Politécnico a casa de mi amiga, la que antes vivió en la Zona Rosa. Pasé dos días con ella, gritando y llorando hasta que decidí que no servía de nada gritar frente a mi amiga. Entonces, decidida, tomé el metro y micro hasta la casa y entré, llevando toda la furia conmigo.

La casa estaba llena de humo de cigarro, mi papá había vuelto a fumar. En una catarsis como la que tuve con mi madre en el hospital, lo acusé de todo lo que pude. Lo justo, lo injusto, saqué toda la historia familiar allí. Le dije que sólo estaba dispuesta a vivir con él si iba de inmediato con un terapeuta. Le di un par de teléfonos, y me volví a encerrar.

Un rato después, tocó a mi puerta y me dijo con qué psicólogo iba a ir, y me dio el horario de su cita, que era al día siguiente. Ese mismo viejo que ya no tenía energía para ir a ver a sus amistades, ahora iba a cruzar desde la salida a Querétaro hasta el Metro Ermita una vez a la semana para su terapia...

Recuperamos la relación, aunque mi cuerpo –tal vez por aquella memoria añeja del ataque sexual –no atinaba a estar cómodo a menos de un metro de él. Y yo, casi de inmediato y por años, me enredé en una relación muy conflictiva con un hombre que tenía pareja.

Todavía permanecemos dos años en Tenayuca, aunque yo ya le había planteado –y su terapeuta estuvo de acuerdo –que su *lapsus* no había sido causado, como dijeron unos amigos, por demencia senil, sino por lejanía y hacinamiento. Es que, estando tan aislado, su vida ya sólo giraba alrededor de mí. Tlanepantla es, definitivamente, una región cultural distinta donde los vecinos, aunque buenas personas, no tenían nada en común con nosotros; además, yo no tenía posibilidades de trabajo cerca ni ya energías para desplazarme diario y eso nos hizo vivir la estancia allá como exilio. En abril de 2007 le pedí que nos regresáramos a la civilización. Que vendiéramos la casa y consiguiéramos un lugar, aunque fuera muy pequeño, pero cerca de la vida.

*Pero no estés seguro de quedar impune. Las alas, así tarden generaciones enteras, finalmente encuentran a su dueña y se vuelven a instalar en ella.*

Pasaron unos días, y me dijo que había hablado con su hermano, el mismo que nos había vendido la casa en Tenayuca y que, en cuanto vendiéramos, podríamos instalarnos en un fragmento de la casa que construyó mi abuelo, cerca de Metro Portales. Que él guardaba el dinero de la venta, porque necesitaba dinero líquido como capital de trabajo y que los intereses de eso iban a funcionar a cuenta de la renta.

¡Yo estuve de fiesta! Oyendo tangos como “Vuelvo al Sur”, “Tinta roja” –que siempre le recordaba su casa de infancia a mi papá –empacando. La fortuna hizo que, en cuanto mi papá les comentó a los vecinos que íbamos a poner la casa en venta, salió un cliente que, además, la pagó muy bien. Largas pláticas con mi papá haciendo planes para el nuevo acomodo, las nuevas actividades, todo en las escaleras de la casa de Tenayuca, entre su colección de cactus, rociados por las lluvias de abril y mayo. Mis mejillas también rociadas, pero con lágrimas, cuando estaba sacando de la bodega cercana las cosas que habíamos desechado porque no cabían en esa casita dúplex, ni en nuestro exilio: la olla de fondue, la colección de copas de mi tía Anita, las de vasos y electrodomésticos de mi madre, todo un estilo de vida que habíamos perdido y ahora, sentí, recuperábamos.

Una semana antes de la esperada mudanza, se casó un primo mío en provincia y su papá –cuñado del mío –se empeñó en reunir a los 11 hermanos. Incluso pagó los pasajes de dos de ellos, para

que no faltaran. Mi papá estaba con un problema en las vías respiratorias y no quería ir, pero la familia no se lo permitió. Yo permanecí en casa empacando, empaqué toda la casa yo sola y no me di cuenta de lo enfermo que estaba mi papá. Él tampoco me lo decía. Yo estaba feliz, pero recuerdo su expresión de tristeza velada cuando me veía.

Nos mudamos el 2 de octubre, no se me olvida. Removida como estaba con los vaivenes de la vida, con la recuperación de mis cosas, de mis lares, decidí que era tiempo de tomar terapia de nuevo para acabar de sanar. Además, el terapeuta ahora me iba a quedar caminando. ¡Bendita decisión! Un amigo médico empezó a tratar a mi papá, y su salud mejoró notablemente. Pasamos una navidad espectacular, hasta fuimos a cortar el arbolito. Los ciclos del año estaban volviendo a ser los de antes, tal vez por la enorme cantidad de luz que entraba ahora por las ventanas. Tlacotalpan para La Candelaria –mi papá no quiso acompañarme, a pesar de que yo ya no tenía incomodidad con su cercanía.

Cuando regresé, ya le noté un fuerte ruido en la respiración; él lo negaba. Lo quise llevar al médico, también se negó. Para no repetir lo que vivimos con mi madre, busqué la complicidad de mi tío. Él le gestionó una de esas tarjetas de descuento y canonjías en servicio médico privado, y lo llevamos, más o menos contra su voluntad. Radiografía de tórax y análisis varios. En una semana tuvimos el diagnóstico: fibrosis y cáncer en los pulmones. Esperanza de vida, menos de tres meses.

MI tío pasaba por la casa cuando podía, para apoyar al menos con buenos ánimos, cada dos o tres días. Yo entré en desesperación, pero funcional, porque había que estarlo llevando a consulta con los alópatas, pero también lo llevé con un par de alternativos. Ya era tarde. Mi vida se volvió rutinaria: el despertador a las 9 a. m. para darle su licuado vitamínico especial para enfermedades pulmonares. Verificar que el broncodilatador en su buró todavía tuviera carga y, de ser necesario, sustituirlo. Darle a la 1 y a las 8 p. m. los antibióticos para prevenir microorganismos oportunistas. A las 2 y a las 9 p. m. discutir con él para que comiera algo, buscar qué se le antojaba y cocinárselo, cada vez con menos resultados. En esa crisis, cuando se le acabó su jabón neutro para bañarse, compré un paquete de 12 barras; cuando se le acabó la pasta de dientes favorita, le conseguí una caja con 6 tubos; le compré como 6 pares de calcetines, 6 camisetas nuevas de algodón sin mangas, vaya, me estaba tratando de convencer de que mientras tuviera muchas cosas nuevas, tendría qué seguir vivo para usarlas.

El jueves 17 de abril de 2008 fue un día especialmente caótico. Unos 15 minutos antes de las 9, mi papá me llamó del teléfono de casa a mi celular. Nuestros cuartos estaban algo distantes. Estaba llorando desesperado. Corrí a su cuarto a verlo: se había roto un brazo. Me dijo que estaba tratando de abrir su frasco de vitaminas y, como ya no tenía fuerzas, le ganó la torsión de la rosca. Corrí a buscar en el folleto de su servicio médico algún teléfono de ambulancias, y llamé. Ya en el hospital, mientras le atendían la fractura, llamé aparte a uno de los médicos para advertirle que solamente le estaba llevando a reparar el brazo. Que ni se les ocurriera “descubrirle” el cáncer e internarlo y que, en cuanto estuviera enyesado y con las instrucciones para atenderlo, me lo llevaba a casa. Ese era el acuerdo que ya habíamos tomado desde el diagnóstico, que iba a regresar a morir a la casa donde había nacido.

Habíamos llevado con unos amigos a reparar su Kodak Retina 1957 cuando nos mudamos. En otro arranque desesperado, el viernes 18 fui por ella y, en cuanto llegué, se la puse en la mano izquierda. Con ese humor agrisado que genera uno en los lechos de muerte, le dije que tenía dos opciones: sanar pronto el hueso, o aprender a tomar fotos con la mano izquierda. La expresión de su rostro era de más tristeza. Le acomodé las almohadas y me fui a dormir.

Cuando me desperté al día siguiente, en vez de bajar a la cocina por su licuado, algo me llevó directamente a su cuarto. Estaba muerto. Me dejó una carta –que evidentemente había escrito antes de romperse el brazo, no sé si días o semanas antes. Ese sábado fue un laberinto confuso de trámites con mi tío y el domingo *hubo fiesta*.

Y es que yo mandé mensaje a unos 3 o 4 amigos cercanos en la noche del sábado, avisándoles de su muerte, e invitándolos a que tocáramos unos *minuetes* el domingo por la tarde, cuando ya tuviera yo en casa la urna de cenizas, para acompañarlo en su camino. Tenía esa confianza porque ya había hecho lo propio en el velorio de su papá. Pero jamás imaginé que se enterara tanta gente, jamás imaginé que, a mis espaldas, se hubiera relacionado con mis amigos y que ellos lo hubieran querido tanto. Hubo música hasta el amanecer del lunes. Versos improvisados en huasteco, exhortándolo a llegar con bien a su descanso, décimas que estaban hablando de fragmentos de su vida –incluyendo las que yo, con medio litro de mezcal encima, le improvisé gritando a mi madre pidiéndole que ahora sí lo tratara bien y lo quisiera.

De las pocas mujeres músicos de las que hablé, allí estaba esa invencible arpista, con una pierna rota, cargando las muletas y el arpa para cantarle. Un par de amigas me comentaron, tiempo después, que vieron un rayo de luz salir de la urna de cenizas, pasar a través de mí y disolverse en el viento. Les creo.

*El reino de los hombres es materialista, envidioso, agresivo. Impera la ley del más fuerte, y depende de los caprichos de su líder.*

Mi tío estuvo muy cerca de mí los primeros meses. Me prestó la llave del oratorio de la casa y yo, durante 21 días –siguiendo un poco el ritual popoluca de difuntos –no hice otra cosa que cuidar los cirios y los nardos, llorar abrazando la urna de cenizas y comer un poco para mantenerme sana. El día 22 me subí a un autobús con la urna en una bolsa de mandado, lo llevé a un último fandango en Otatitlán –sin que nadie, salvo mis anfitriones, supiera lo que llevaba en la bolsa y recorrí en otro autobús todo el borde del Papaloapan para, finalmente, esparcir sus cenizas frente a Tlacotalpan, que en eso también habíamos quedado.

Muy poco después, me ofrecieron un trabajo en la burocracia cultural, que me ayudó a retomar el hilo de vida. Enfrentamientos con mi jefe que, cuando me hacían sentir culpable o berrinchuda, un compañero de trabajo me consolaba diciendo –Bueno, no eres supermán, recuerda que no eres más que una chava que perdió a su papá. Y tenía razón, fue, es y será la peor pérdida de mi vida.

Siguió la vida cada vez más luminosa, poco a poco. Mi tío me había preguntado si quería seguir viviendo allí. Le dije que sí, porque el cobijo de la casa familiar, donde mi papá y sus hermanos nacieron, me hacía sentir protegida. Pero años después llegó el momento temido, me avisó mi tío

que ya había vendido la casa. Es que él también había enfermado de cáncer, y quería dejar sus asuntos en orden. A sus hijos no les interesaba conservarla y su venta, como terreno, permitiría reponerse de los enormes gastos que la quimioterapia alopática y los médicos ambiciosos habían causado.

Me dijo también que estaba a mi disposición el dinero que me había guardado de la venta de mi casa de Tenayuca, y un cachito más para que me comprara algo definitivo, donde estuviera realmente a gusto. Lo encontré y costaba menos que el margen superior que había acordado con mi tío. Me mudé, aterrorizada porque fue la primera vez que yo elegí dónde vivir, y también era la primera casa donde iba a vivir sola. ¿Sola? Muchos amigos me ayudaron a empacar y mudarme. Algunas cosas profesionales hicieron más difícil ese trance, pero ya las contaré a su tiempo. Murió mi tío antes de depositarme la segunda mitad del pago, dejándome una deuda intempestiva, que yo no busqué e impagable en mis condiciones económicas. No voy a detallar, porque muchos de mis amigos lo supieron, y su ayuda fue invaluable. Lo que sí detallo es que ahora sé que la luz que vieron en el festivo velorio de mi papá, de alguna manera me transfirió a otra familia. Porque sólo dos de sus hermanos estuvieron ahí, el tío que fue tanto apoyo y murió y otro tío con quien también cuento. Y punto. Pero la familia de los músicos, de los versadores, de mis amigos de años, no ha permitido que esté sola.

En algún momento de desesperación pensé que estaba desvalida. No tengo hermanos, mis papás ya murieron, no tengo esposo y ya es un hecho que no tuve hijos. Pero la familia construida es una amorosa tribu que me rodea. A partir de ahí sí que me siento supermán.

### *El beso de amor verdadero.*

Cuando me pongo trágica y hago un resumen de las tragedias de mi vida, puedo espantar a cualquiera. Falta de amor materno y apoyo presente paterno al principio de mi vida, violencia física y psicológica en casa, proveniente de un ser tan importante, trauma de sexualidad temprana, complicado con una violación infantil, dos relaciones serias que terminan en caos, dos suicidas cercanos (madre y esposo) y los fuertes vaivenes financieros que entorpecieron mucho el camino de labrarme un patrimonio, vaya, todos mis primos salieron de casas estables para formar sus propias familias, no tuvieron qué tapar hoyos económicos de sus papás.

Le agrego el hecho de que no correspondo a ningún estereotipo, que soy un manojo de contradicciones: criolla pobre, mujer heterosexual que asume roles masculinos, sexualmente tan libre que me doy el derecho a decir que no, urbanita fresa ruralizada, artista científica, cubana renegada, erudita práctica y autodidacta y no sé cuántas más.

En estos últimos dos años se ha concretado ya el resultado de muchos largos procesos de sanación y autoconocimiento. El retomar mi esencia, esa que ejercía de muy niña, toda alegría y curiosidad ha sido resultado de ir quitando, capa por capa, las corazas con que me fui protegiendo. La imagen que he tenido más de un año y que nombro *la matruska* es sentir a todas las Zarinas que he sido, integradas como esas muñequitas rusas que están cada una dentro de otra más grande y así. He jugado últimamente pensando en qué momentos están todas exhibidas, y en qué momentos una en especial se hace cargo de la situación. Algunas veces se ponen en una especie de mitin y



discuten sus puntos de vista, otras veces se sientan en una mesa redonda a compartir el banquete en perfecta armonía.

Pero todavía faltaba un ingrediente importantísimo: yo misma. El jueves pasado fui a ver la esperada película de Jodorowsky: [La danza de la realidad](#). Pensé que iba a tener una especie de explosión sanadora y que podía entrar en crisis. Exhibicionista como soy, exhibí esa posibilidad en mi muro de Facebook. Pero no fue así. La magia de esa película me permitió ver cuánto camino tengo ya andado en cuestiones como sanación y perdón a los otros. La imagen de un Jodorowsky viejo abrazando al niño que fue me pareció entrañable y es un poco *la matrushka*.

He insistido con propios y extraños en el hecho de que la felicidad es una elección voluntaria. Los extraños no me creen, porque hasta ahorita no habían conocido mi vida –y habrá algunos que ni así querrán conocerla. Hay personas que me ven güera, feliz y con cierto éxito y, desde su resentimiento social, creen que lo he tenido todo siempre y que más me vale no quejarme. En este momento de mi vida estoy plena, satisfecha con lo que he pasado, con lo que he crecido y con lo que he sembrado. Después de la bronca con mi casa, momento en que aprendí a recibir, estoy hasta contenta y sin culpa con el hecho de cosechar.

Pero algo todavía no acababa de encajar.

*Maléfica, arrepentida, pide perdón a Aurora, y le da un beso en la frente. Ante su asombro, Aurora despierta.*

Hoy por la tarde fui a ver el nuevo éxito taquillero de Disney: Maléfica. En la semana había leído una reseña favorable y reflexiva que hacía hincapié en la relatividad del bien y del mal, en que esta película había roto el simplismo cinematográfico con que se exhiben los personajes de los cuentos.

Mientras rodaba la cinta, iba yo identificándome con momentos precisos, aprendizajes precisos, gozosamente asombrada con el manejo de los arquetipos que aparecían en los cuentos tradicionales europeos –que yo leí tanto, y los culpo de que entienda más la sabiduría esotérica de las catedrales góticas que la de nuestros restos arqueológicos mesoamericanos. Cuando comenzó la hegemonía Disney a convertir estas tradiciones en películas pueriles, se perdieron, y es una sorpresa encontrarlos de nuevo.

Esos símbolos, esos aprendizajes, los estoy exhibiendo en este texto: son los subtítulos de los fragmentos, y están en azul y violeta. Me ayudaron a encontrar la pieza que faltaba y está el título y el primer subtítulo de este texto: *Maléfica y Aurora son la misma mujer*. Cuando Maléfica protege a Aurora, cuando la admira, cuando observa su bondad, inteligencia, belleza y don de gentes, no está sino admirándose, protegiéndose y amándose a sí misma. Sin falsas modestias, sin aceptar sojuzgamientos, está aceptando que es un ser maravilloso.